

nada y terrible, y así tales, podrá esperarlos quien no atajare en los principios el cáncer ponzoñoso de sus deseos y apetitos. No quiero yo decir, ni pretendo afirmar, que fuese indubitable la presunción de los doctores, pues antes creeré que fué veneno de amor irremediable que no juzgar tan temerariamente de una mujer cristiana y noble; sólo es mi pretensión, mi asunto principal, dar á entender, en sucesos tan atroces y miserables, cuánto deben las tiernas doncellas poner freno á los ojos, reprimir sus afectos, huir las ocasiones y no empeñar la voluntad y el alma para no hallarlas, sin pensar, sumergidas en semejantes desventuras.

No fué mucho menor la que en este tiempo se apoderó de su fiero homicida, de su ingrato primo, á quien habiendo ya llegado nueva tan lastimosa, le tenía convertido en un retrato de lágrimas y de duelos, y tan rodeado de temores, cercado de cuidados y penas, que casi vino á estar juntamente imposibilitado de consuelo. Porque como ninguno sabía mejor la causa de aquel daño, así también ninguno podía cuidar ni aun temer con más razón su mayor castigo; y, en fin, su sentimiento fué tan grande, que en muchos días no le vieron alegre, además que, según él contó muchas veces, nunca en lo restante de la vida se le quitó de su presencia la imagen denegrida y mortal de aquella miserable mujer.

## CAPITULO LXXXII

*Sentimientos de don Enrique; recelos de su dama, y el suceso notable que uno y otro tuvieron.*

No se atrevió, por el presente, don Enrique, ver á la affigida madre, ni aunque lo hiciera fuera bien recibido ni mirado, y por esta razón, fingiéndose achacoso, no se halló en el entierro, si bien su retiramiento y mayores lutos dieron bien á entender tan justo sentimiento, cosa que, á no tener en su esposa y dama tan seguras prendas, hubiera descompuéstole; porque enfadada de extremos semejantes, no sólo los lamentó celosa, mas estuvo en términos de juzgarse engañada, que no es menos desatada y cruel una mujer amante, y más con celos; y así no alcanzó poco don Enrique cuando, pasados algunos días, la volvió á ver desenojada y satisfecha, y mayormente estando tan necesitada de consuelo con el ir dilatándose la partida de su padre y creciendo su peligro; pues por más encubrirle lo más del tiempo lo pasaba en la cama, no faltándole, para poderlo hacer, fingidos dolores y aun verdaderos males.

Todas aquestas cosas pendiendo solamente del affigido amante, le traían tan mortal y desalentado, que casi de sus muchas tristezas y melan-

colías profundísimas pudiera recelarse y temerse un desastre, como, en efecto, se le iban acarreado sus peligrosos pasos ó, por hablar más moralmente, el temeroso fin y acabamiento de su prima, pues siendo, como fué ocasionado indubitablemente de sus fingimientos y engaños, cierto es que el justo cielo no le había de dejar sin castigo, si bien dando su gran piedad lugar y tiempo al arrepentimiento, con azotes de padre y particulares recuerdos dilató muchos días el último rigor.

Cuarenta y más se habían ya pasado después de la muerte infeliz de doña Clara, cuando menos sentido y lastimado (que el tiempo es fuerte antídoto para semejantes pasiones) acudía don Enrique continuadamente á los regalados abrazos de su dama, en cuyo mayor gusto, como quiera que los más de esta vida tienen la misma estabilidad, bien sin pensar en ello, fueron salteados en la última de estas vistas; porque sin duda alguna causó su desgracia el rumor que doña Leonor hizo pasando por tantos aposentos y peligros; que no siempre es la fortuna favorable, ni los sentidos de los hombres obedecen al sueño. En conclusión, su padre y aun su hermano no dormían, y como tal suceso les cogió inadvertidos, en tanto que uno y otro tomaron armas, advirtiendo su daño don Enrique, con despejo valiente, cogiendo en brazos á su querida esposa, se arrojó en el zaguán, cerrando en un momento

por de fuera aquel cuarto; con lo cual, juzgándose por libre, abriéndole el esclavo la puerta principal, salió á la calle al mismo tiempo que á fieros puntillazos y grandes golpes se oía romper la que él había cerrado. Y no teniéndose tan cerca por seguros, aunque doña Leonor estaba muerta, todavía, animándola el riesgo, acompañó como mejor pudo á su amante; que atravesando algunas calles procuraba asegurarla desmitiendo los pasos de quien fuese en su alcance, y hubieran conseguido su intento y puéstose en salvo, si á esta hora no diese de repente con ellos una gran tropa de hombres, luces y armas que los detuvo. Bien conoció don Enrique aun antes de acercarse que era ronda, y así, porque otro día no atestiguasen en el caso, hizo que doña Leonor, para su vista, se ocultase primero entre unos cobertizos; y saliéndoles después al encuentro, en siendo conocido, menos tardaron en pasar adelante que en sus ofrecimientos y cortesías; que para quien iba huyendo, serían harto pesadas y prolijas. Todo hasta aquí, por ser del mal lo menos, había sucedídoles favorablemente, si al propio instante que la justicia se apartó de con él (previniendo su alcance aquel espacio breve) no dieran con su cuerpo por otra calle el padre y hermano de su dama.

## CAPITULO LXXXIII

*Véase los dos amantes en evidente riesgo,  
y prosiguese el caso con varios accidentes.*

YA habían echado los dos caballeros menos su amada prenda, y el esclavo infiel, también sin dilación, declarado el ladrón que la llevaba; y así, medio desnudos, aunque con rodela y espada, queriendo don Enrique encubrirse, su resolución excusó tal designio; porque apenas le vieron, cuando le llegaron á reconocer, y tras de aquesto á embestirle furiosos; y por el consiguiente, á volver la justicia; pero estaban los dos tan encarnizados, y don Enrique tan cuidadoso de su defensa, que primero se alborotó la calle, y hubo en aquellos belleguines muchas heridas que pudiesen ponérseles en medio, hasta que viendo de unas partes y de otras acudir gentes, abrir las puertas y sacar luces y hachas, rabando padre é hijo se fueron retirando, haciendo su contrario lo mismo, siguiéndolos á todos divididas las guardas, si bien éstos, conocidos los tres, curaron más de curar sus golpes que de otra diligencia; con lo cual, separándose un tanto don Enrique, hurtando el cuerpo al puesto y á la calle, con el ansia del bien que había dejado, volvió por otra parte en su busca; y aunque no fué la menor de sus temeridades esta vuelta, pues

ya pudieran esperarle más prevenidos sus contrarios, todavía lo tuvo en poco, y aun diera cualquier daño por bien empleado en recambio de hallar su dulce esposa.

Mas saliendo al revés su pensamiento, entonces comenzó su mayor locura, entonces su furor, pues ciego de cólera y enojo, desatinado con su grave pasión, no dejó sombra, rincón, portal ni piedra que no viese y volcase, y rodeando mil veces aquel sitio entre unos y otros lances, llamaba tiernamente á su dama; y antojándosele cualquier rumor su voz, cualquier sombra su cuerpo, volvía de nuevo á trabajar sin fruto. Y, en fin, llegando á términos de perder el sentido, pues dió como frenético, espantosos gritos, y sin consideración de honra ó respeto hizo público alarde de su secreto amor; en tales desatinos le cogió el día, con el cual, no pudiendo hacer menos, hubo de retirarse á un convento, desde adonde, avisando del suceso á su padre, quedó atendiéndole rodeado de las mayores penas y de los más amargos desvelos que nunca tuvo; porque lo menos era juzgar su ausente dama en poder de sus padres, y por el consiguiente, hecha pedazos de sus manos y enojos. Y así, llorando sin cesar el mal cobro de sus cosas y la venganza y muerte presumida, su mayor alivio (si es que en caso tan triste le podía haber) era prevenir y jurar el más sangriento estrago que hubiese llegado á noticia de los hombres.

Ya en este ínterin corría el suceso con valiente estampido; porque, en los primeros movimientos, el rumor y alboroto que inexcusablemente hicieron padre é hijo al salir tras don Enrique y el escutriño y examen del esclavo, fué patente á los demás criados; y así de las bocas y lenguas de aquellos enemigos forzosos salió á luz, no sin admiración y escándalo de toda la ciudad, en quien, hablándose indiferente, cada cual echaba por enmedio y su juicio en el corro, trayendo la opinión de tales caballeros de plaza en plaza y entre tabernas y mesones, que es la suma infelicidad y mayor ruina á que pueden llegar las cosas de esta vida.

También á su llamado de don Enrique había venido su padre; con que bien advertido en negocio tan arduo, sin curar por entonces de otras repreciones y sentimientos que acudir al remedio, visto el peligro que en poder de sus padres doña Leonor corría, porque siempre creyó su amante que había dado en sus manos; el prudente viejo se resolvió á poner de veras los hombros en el caso. Y así, acompañado de algunos deudos y teniendo por más breve y seguro aquel camino, dió de todo él, y aun de sus últimos temores y sospechas, cuenta al virrey. Entendido el suceso, juzgó de él y de la condición de don Luis Antonio una salida muy sangrienta, si antes no se la remediaba y prevenía y deseando, en parte, apaciguar por bien su justo enojo y, en parte, atajar

el riesgo de su hija, acordó de pedirle se la diese buenamente á su esposo, ó sacársela con su autoridad; para lo cual, rodeado de algunos caballeros y la guarda ordinaria, se fué al punto á la posada de don Luis; y llegando á sus puertas, por hallarlas, bien fuera de lo acostumbrado, cerradas y en profundo silencio, fué preciso el hacer que á puros golpes las abriese una esclava, que sólo estaba en su guarda y custodia.

#### CAPITULO LXXXIV

*Presúmese que don Luis ofendido, haya muerto á su hija, y con tales indicios don Enrique, frenético de amor, procura su mayor venganza.*

MUCHO quedó admirado el virrey de tan breve ausencia; pero muy mucho más cuando uno de sus alabarderos le enseñó con la mano un buen golpe de sangre en medio del zaguán: con que apeándose, grandemente turbado, teniendo por segura su sospecha, mandó seguir el rastro; el cual atravesaba lo ancho del portal, hasta que, llegando á la puerta de un hermoso cuarto, viéndola desquiciada en el suelo y que todavía pasaban adelante las sangrientas señales, discurrieron siguiéndolas hasta llegar adonde con mayor abundancia se mostraba su fin, que era en las alfombras de un estrado, cuyos varios matices,

salpicados por diferentes partes, publicaban la tragedia cruel que allí se había representado. Y con tanto, teniendo por emprendido el hecho que venía á remediar, mandó el virrey que cincuenta hombres siguiesen á don Luis, á su hijo y á la demás familia. Sabíase ya, que iba á una pequeña aldea, y haciéndole secrestar sus bienes y que quedasen en su custodia guardas, dió la vuelta á Palacio, y con sentimiento y ánimo tan justamente indignado, que estuvo muchas veces resuelto á cortarles, en llegando, las cabezas.

Esta nueva infeliz, esta sospechosa probanza de la muerte de doña Leonor, llenó de lástima y compasión la ciudad; y volando ligera, cubrió de luto y lágrimas los ojos y el espíritu de su afligido esposo; que ya á esta hora, viendo que la justicia no intervenía en el caso, estaba más seguro en su casa; pero el efecto que en él hizo y aun en todos los suyos fué tan terrible, tan ciego y precipitado, que casi abandonando la vida, juzgando por infamia el sustentarla sin su dueño, se resolvió á la última y más desesperada y peor salida que les pudiera maquinar su desdicha, digo mal, su imprudencia y desatino.

Mas porque se conozcan los innumerables trabajos y infortunios que acarreoó tras sí este arrojado mozo, desde el instante y punto que mudando de amor, de fe y palabra, faltó á su obligación, faltó á su crédito, y con viles engaños desperó á su prima, atiéndase y veráse en lo que

resta de estos discursos, cuáles y cuántos fueron y el fruto amargo que, por fin de todos, cogió para su muerte.

Había el furioso mancebo entendido la ausencia de don Luis, el camino que llevaba y la diligencia que para su prisión prevenía el virrey; y así, sin pedir ni tomar mejor consejo que el que dictaba su vengativo espíritu, mandó á un lacayo que encubiertamente sacase al campo para él y un primo suyo, mozo de igual edad y no menos arriscado, adargas y lanzas berberiscas; y ordenado esto, subiendo los dos en caballos bastantes para cualquiera afrenta, por excusadas calles y veredas, saliendo al mismo sitio y brevemente al camino que llevaban don Luis y su hijo, en menos de una hora, y antes que la gente del virrey llegase á ellos, se les pusieron delante. Venían, además de un coche de mujeres, acompañando á los dos caballeros diez ó doce criados, que si bien no todos eran para ocasión, todavía era muy conocida tal ventaja; pero no obstante ésta, se atravesaron en el camino los dos valientes primos, cuya enojosa vista dejó perplejos y no poco irritado á cuantos la miraron; y, sin más suspender el intento de su venida, alargado el caballo don Enrique, con tremendo semblante y voz furiosa, comenzó á decirles las siguientes razones:

— Ya, viles y alevosos caballeros, llegó el día en que pagareis vuestra maldad y traición, quedando en este campo diferidas las causas que os

movieron á tan cobarde venganza y las que os excusaron de honrar con mi nobleza vuestra sangre; clamando está á los cielos la que, como flacas mujeres, sacastes del pecho de mi esposa, de vuestra hija y hermana; y así, curad de defenderos, que si á mis brazos no les sobrasen fuerzas para dejaros sin vida, llamas y rayos duros fulminarán los cielos en castigo y venganza del ángel bello, de quien fuisteis infames homicidas.

Y con esto, dando un grito al caballo, arremetió á los que, viendo sobre tan grande afrenta su atrevimiento, como acosados toros, hicieron contra él lo mismo. Mas cuando la fortuna es adversa, ni aprovecha el valor, conocida ventaja, ni aun la razón y justicia, porque todo se avasalla y se rinde á su voluntad y tiranía.

Así le sucedió á don Luis Antonio, pues no bastando su razón, su mucha valentía y tantos criados, vió en un instante atravesado y muerto por la sangrienta lanza de su mortal enemigo al hijo desdichado, y aun su misma persona mal herida en el suelo; porque como los dos parientes venían armados con lanzas y defensa suficiente, así se metieron entre ellos, que ni su experiencia y esfuerzo, ni el número de los que le acompañaban, pudo excusar la inocente y temprana muerte de su querido hijo; y antes corriera él semejante peligro, si á las crecidas voces de las damas del coche y al rumor de las armas, y relinchos de los caballos, no acudiera infinita gente

de las huertas y quintas que había alrededor, y aun bastara muy poco, si á esta hora por el mismo camino de la ciudad, no asomara la escuadra que enviaba el virrey; con lo cual, dilatando los primos el fin de su venganza y protestando en su prosecución el último estrago de sus enemigos, campo travieso, picando los caballos, en un momento se desaparecieron á todos, corriendo sin parar algunas leguas, porque según lo que dejaban hecho, pareció asegurarse y ponerse su cobro.

#### CAPITULO LXXXV

*Diversos cargos de la justicia á don Luis Antonio, su satisfacción y respuesta.*

SERÍAN al fin de esta refriega y llegada de la gente del virrey poco menos de las tres de la tarde; y así, siendo aquel consuelo y alivio que tuvo el pobre don Luis, en tan graves desdichas, no dejándole hacer otra cosa, entrándose en el coche, para que le apretasen las heridas, con ánimo verdaderamente constante, mandó dar la vuelta á Lisboa; y haciendo con un tapete cubrir el cuerpo de su hijo, encima de una acémila, siguió el mismo viaje, con tan grandes silencio y compostura, así en él y su esposa como en la restante familia, que no juzgara nadie por piadoso el sentimiento oculto de su alma.

De esta suerte que digo entraron al anoche-

cer en la ciudad, y no sé si me afirme que con general contento de sus males, porque la aprensión que le había hecho en la muerte cruel de su hermosa hija, ocasionaba, no sólo semejante indignación, mas juntamente entendido el arriscado hecho de don Enrique, con ser tan injusto, los nobles y plebeyos le aprobaron por hazaña ilustre.

Pusieron á don Luis y á su familia en diferentes prisiones, y no obstante que él venía falto de sangre y fatigado de las heridas, con todo, en habiendo curádole, se lo tomó su confesión, cargándole la muerte de su hija, casi ya averiguada con su fuga, con los vehementes indicios de la sangre y, finalmente, con el no saberse, viva ni muerta de ella, y otras razones que intimaban el hecho y aun le hacían detestable y terrible.

A lo cual, habiendo estado atento el afligido caballero y hasta aquel punto con generoso y valiente espíritu, como ya habéis oído, en acabando de aprender el caso, rompió por su silencio, y sin poder ya más resistir su amargo sentimiento, cubrió de lágrimas el severo rostro, pobló la cuadrada de gemidos roncós, de suspiros tristísimos; á cuyo nuevo extremo, suspendidos los que sabían su entereza y condición, cuando pensaron que eran arrepentimientos de su delito, dando principio á su respuesta y confesión, en el curso de ella salieron de su engaño, y aun entraron en mayores dudas y confusiones.

Porque, no sólo el buen don Luis justificó bastante su inocencia, mas satisfizo, entre abundantes lágrimas, á los cargos hechos; y así, en cuanto á faltar y no saberse de su hija, respondió, repitiendo el suceso de la pasada noche, desde el punto que sintió su afrenta, hasta que él y el difunto mancebo rompieron la puerta que por de fuera les había cerrado; siguieron por la advertencia del esclavo portero á don Enrique y lo que en su alcance les pasó, concluyendo este artículo advirtiéndole á los jueces con cuánta más razón debieran admitirle á él la demanda de su hija, que no el pedírsela el mismo robador que se la sacó de su casa tan afrentosamente; y, en cuanto á los indicios de la sangre, confesó llanamente la muerte que, entre él y su hijo, habían dado al esclavo, como al principal instrumento de su injuria y traición; y que, habiendo huído de sus manos, desde el estrado adonde cayó muerto, fué llevado á enterrar por su mandado en unos trascorrales de su casa, adonde le hallarían; y, últimamente, al particular de su fuga y jornada satisfizo con decir que lo había hecho sólo porque los ruegos é intercesiones de sus deudos y amigos no le obligasen á prestar con sentimiento en semejantes bodas; y también por juzgar que la afrenta recibida le dejaba incapaz de comercio humano, de alegría y correspondencia; pero que si el haber tomado resolución tan honrada se estimase á delito y culpa, él, por lo menos, habien-

do tomado tan cruel enmienda don Enrique, no podía, ni aun debía ser castigado otra vez por una misma causa; y mayormente cuando la gravedad del castigo excedía tan evidentemente á la culpa, pues por la que emprendió ausentándose perdió su amado hijo; y antes, con el quebrantamiento de su casa, el honor y reputación.

#### CAPITULO LXXXVI

*Sabe su padre de don Enrique este suceso, y con otros, en su tanto mayores, desconfían en el remedio de su hijo.*

DE la suerte que he dicho, dió fin á sus razones don Luis Antonio; y aunque con su entereza y justificación minoró grandemente el sereno rigor de los jueces todavía, como doña Leonor, principal personaje de esta tragedia, faltaba, no sirvió de otra cosa que de acumular delitos á delitos, verificar la muerte del esclavo y echar sobre sí aquel embargo más.

En semejante estado andaban estas cosas, cuando sabiendo sus padres de don Enrique su ya advertido atrevimiento, lloraban tiernamente con su ausencia, su perdición y ruina; considerando que según los delitos, aunque entonces el aplauso del pueblo los hacía disculpables, por lo menos no le verían más. Empero, si el común parecer les dejaba esperanza, bien presto se les

desvaneció; bien fácilmente juzgaron por irremediabiles sus cuidados; y, á los que antes les fueron tan propicios, contrarios y enemigos; porque no es má: estable y firme el vulgo, ni sus inclinaciones menos dispuestas.

En medio, pues, de tales aficciones, ya con algún consuelo, ya con mayor cuidado, les cogió un notable accidente, que en parte les sacó de confusión, aunque fué para meterles en otras. Serían entonces dos horas de la noche pasadas, que parece se esperaba semejante desazón para el recato y mayor secreto del caso, cuando avisado su padre de don Enrique, supo que un hombre le buscaba á gran priesa, cosa que estando en semejantes pensamientos, le hizo presumir fuese algún aviso de su hijo; y así, haciendo que algunos criados le entrasen en su cuadra, queriendo que delante de todos le dijese á lo que venía, rehusando esto el hombre, dió á entender la importancia del secreto. Asegúrose en viéndole el capitán mayor, porque la presencia honrada y las canas que adornaban su rostro, no prometía otra alguna sospecha; con lo cual, quedando con él solo y creciendo en su pecho el primer indicio de que fuese recaudo del ausente don Enrique, con más vivos deseos escuchó el viejo anciano las siguientes razones:

—Estando (¡oh buen señor!) la pasada noche reposando en mi cama, me obligó á levantar de ella un gran tropel de golpes y armas que sona-

ba en la vecina calle, de adonde, oyendo que unos y otros vecinos, ya con luces y ya con diferentes armas, salían también á dar favor á la justicia, queriendo yo hacer lo mismo, apenas, para el caso, abrí mis puertas que caen debajo de unos soporales, cuando se arrojó dentro una mujer que, sin duda por lo que pareció, se había escondido en los mismos umbrales. Echóse, en viéndome, á los pies, pidiéndome que la amparase, y esto con tan espesas lágrimas y ruegos que, moviéndome el alma sin curar otra cosa, volví á cerrar y á tomarla por la mano hasta dejarla con dos doncellas hijas mías, en cuya compañía, pasando la resta de la noche, se llegó el día, y con él el mayor deseo de saber quién era; y aunque de su aspecto hermosísimo, de su adorno y persona, se pudieran juzgar sus muchas partes, con todo lo que más he sabido es ser cosa que os toca, con que teniendo á buena suerte el haberos servido, vengo á deciroslo y á traer juntamente este papel, que declarará mejor que yo el misterio que encierra este secreto.

Y con tanto, sacando del pecho un billete, cesó, dando lugar á la admiración y nuevo espanto del capitán, y á que acabase de desengañarse, leyendo en él las razones siguientes:

*Papel de doña Leonor.*

«Bien satisfecha quedo de que, según la discreción y voluntad de don Enrique, llegando ya mis cosas á este estado, habrá de todas ellas dádoos cuenta, mayormente si el cielo le libró anoche de las crueles manos de los míos; con que sólo servirá este papel de suplicaros que, como padre, amparéis la causa de vuestro hijo, y como caballero, la de una mujer que, por obedecerle, ha llegado á semejantes términos.

DOÑA LEONOR.»

CAPITULO LXXXVII

*Salen de España don Enrique y su primo; su larga ausencia, y los acaecimientos de ella.*

Aquí, con el discurso breve del pasado billete, acabó de salir de tantas dudas, y á representársele de nuevo el desbarate lastimoso de su hijo, la inocente muerte del que había de ser su cuñado, los irremediables agravios de don Luis, su razón, su justicia y, últimamente, la temerosa indignación del cielo y la severidad de su castigo.

Mas como raras veces, en el mayor trabajo y desventura, no falta algún consuelo, todos aquestos males le tuvieron en parte con sólo pa-

recerle que sabiendo su hijo el nuevo hallazgo, una vez que otra le verían sus ojos; y así, más alentado y resuelto á oponerse á su fortuna, mandó que á toda priesa previniesen un coche, y con la misma, no obstante la hora dicha, él en persona avisó en un convento de monjas y parientas suyas, adonde habiendo traído la hermosa dama, la dejó más segura, aunque menos contenta; pues es cosa evidente que, oyendo la ausencia de su amante, su locura, la muerte de su hermano y la prisión, heridas y afrenta de su padre y familia, que aunque fuera su alma hecha de bronce había de suspirar males tan grandes, mayormente interesando en todos tanto. En conclusión, agradecido el agasajo y guarda del honrado huésped, en amaneciendo al siguiente día supo el virrey las justicias y ciudades su apareamiento; y abriendo más los ojos, conocieron las sin razones de don Enrique y, por el consiguiente, los agravios y injurias del preso caballero; con que, sin esperar otro descargo á éste con limitada pena, por la muerte del esclavo, le mandaron soltar, y contra don Enrique se dispusieron diferentes diligencias.

Había, en el interin, tenido el capitán aviso de su hijo, el cual, con el valiente primo, estaba oculto seis leguas de Lisboa, y así entendido este nuevo rigor, se le hizo saber con el suceso de su dama, ocasionándole indiscretamente á que, abandonando su peligro y su vida, viniese

muchas veces á verla. Y entre tanto, don Luis Antonio, remitiendo á la justicia su castigo y venganza, de suerte apretó el caso, que en breves días tuvieron los dos primos sentencia de degollar, y por el consiguiente, necesidad de ponerse en Italia.

Despidióse primero don Enrique de sus tristes padres, y, sobre todo, convertido en lágrimas, de su prenda querida, de cuyo sentimiento no hay para qué contaros, pues es cierto que sería increíble, y mayormente quedando, como habéis oído, preñada; porque si bien en tales personas, que su agrado bastara á mayor consuelo, el verse dividir de la mitad del alma, del que esperaba por esposo, y la incertidumbre y fin de sus desdichas, justamente se le imposibilitaban.

Corrió, pues, don Enrique con su primo el mar Mediterráneo y, en pocos días, pisó el reino de Nápoles; adonde, atraído de su amenidad y abundancia, fácilmente olvidó la Ruanova, los jardines, las quintas y aun las frescas riberas del dorado Tajo, aunque no por entonces la justa correspondencia de sus padres y dama, á quien, perseverante y puntual, escribía continuadamente. Pagábanle ellos en la misma moneda; y, con todo, viendo que endos años de ausencia no se concluía su perdón, ni menos se le facilitaba alguno en este medio, para volver á verlos, casi desconfiando en la esperanza con que le entretenían, trató de divertir sus sentimientos y de aguardar el

fin, discurrendo lo restante de Italia y mayores provincias de la Europa.

Es remedio utilísimo aprovecharse, en tales casos, de la variedad y diversión; porque si ya no los concluye, por lo menos los hace más tolerable y pasaderos. Así, por esta causa, como porque otros dos caballeros la incitaban con la misma curiosidad, avisando á su patria y dejando al primo en Nápoles para que atendiese á la correspondencia de España, tomar y remitir cartas y avisos, con su nueva compañía dió principio á su jornada y peregrinación.

Desde Venecia, habiendo ya corrido algunos meses lo mejor de la Italia, fué la última carta que de él tuvo su primo; porque, aunque siempre se estuvo en Nápoles, y año y medio esperándole, fué por demás el saberse de él; y así, habiendo vuelto los dos compañeros con nuevas de que le dejaban en la ciudad de Praga, muy al cabo, saliéndose él de Nápoles y advirtiéndole á Lisboa de semejante daño, caminó en su busca; pero no hallándole en el lugar que venía informado, ni seña ni aun razón que le satisficiese; cruzando la Alemania, se pasó á Flandes, adonde, militando debajo de los estandartes del Archiduque Alberto, á pocos días murió animosamente en la rota de Ostende. La nueva de la enfermedad de don Enrique, y la partida de su primo buscándole y el pasarse otros tres años sin saberse de ellos, no sólo confirmó el rumor que ya andaba

en Lisboa de su muerte, sino que ocasionó otra, en su tanto, semejante desdicha.

#### CAPITULO LXXXVIII

*Prosiquese la historia, volviendo después de algunos años don Enrique á Lisboa.*

EN este ínterin, el héroe de esta historia, á quien el cielo guardaba vivo, en remotas provincias, siendo cierto el peligro que tuvo en Praga; al fin, convaleciendo, no obstante que sus dos compañeros le dejaron primero, prosiguió sus intentos, mirando muy despacio la Hungría, Transilvania y Polonia; y por ello, parte de Moscovia, los confines de Europa, hasta la Laguna Meotis; y torciendo el camino, con la misma perseverancia y olvido de sus cosas, paseó la Alemania, y entrándose por el Septentrion hasta la Escandinavia, no sin grandes peligros y necesidades, la atravesó; y en ocasión que, hallando urcas flamencas, pudo pasar á sus Bajos Países, desde adonde, sabida la muerte de su primo, poniendo tal desdicha, en el número de los innumerables trabajos que le acarreó su pasión ciega, no queriendo tener á sus tristes padres y esposa en más crecida suspensión, se embarcó para Lisboa, llegando á ella después de seis años de ausencia y de tres que, no sabiendo de él, le tenían por muerto.